

LA MÍSTICA EN TERESA DE ÁVILA

Congreso Internacional sobre Mística
Abadía benedictina de Münsterschwarzach
3 – 10 de septiembre 2003



Ávila



Abadía de Münsterschwarzach

I. Introducción

Antes de empezar a pensar en el contenido de mi aportación a este Congreso he tenido que aclararme en el terreno lingüístico. Pensé: “Estando en Münsterschwarzach te encontrarás de repente en el clima alemán y el castellano se te irá al fondo del alma, mejor que redactes ya en alemán.” Pero pronto noté que no podía menos que escribir en el idioma de la Santa. Percibo en mí la inmensa riqueza de la palabra humana y a la vez estoy dividida entre varios idiomas. Hay momentos en que me parece que tengo varias almas y varias experiencias de la misma realidad. Me dejaré llevar por la inspiración. Me gusta repetir una frase de Jean de Fécamp: “gramatica mea Christus est.” La palabra que puedo transmitir tiene que ser el mismo Cristo. No tengo más ciencia ni más preparación que la de 40 años de carmelita descalza, con todo lo que tiene de pobreza humana y de hermosura de la gracia.

Bajo el título de esta conferencia querría reflexionar con Vdes. sobre qué es la mística en la Santa, cómo la vivió y qué nos enseña hoy, cómo podemos vivir hoy lo que nos legó esta mujer. Va a ser una reflexión con la mirada puesta al ámbito de las carmelitas descalzas. Pocas veces se nos presenta la oportunidad de reflexionar sobre nosotras mismas “en voz alta”.

A la luz de la lectura de las obras de la Santa y contemplando toda su vida de mujer contemplativa del siglo XVI en España, me gustaría preguntarle por algunos temas concretos

del carisma que ella recibió para la Iglesia y para el mundo y el que a nosotras, sus hijas tiene que dar vida y creatividad para hoy, en un mundo totalmente diferente al suyo. Tres preguntas pueden servir de hilo conductor, tanto acerca de la Santa como de nuestra actualidad.

II. ¿Cómo vive la Santa la presencia y la convivencia con Dios, con el misterio, en el centro de su vida? ¿Y nosotras?

Cuando la Santa empieza a escribir su “Libro de la Vida” tiene cerca de 50 años. Había escrito otras cosas anteriormente, relaciones para sus confesores. Con el “Libro de la Vida” ella hace un viaje a su infancia, a toda su historia hasta entonces. En este escrito confiesa con toda la intensidad de su conciencia que su vida no tiene más sentido que el de ser un canto a la misericordia de Dios. En la misericordia se encuentran la verdad de Dios y de la persona humana. Aunque Teresa entonces lo exprese en los términos de pena y gloria, lo decisivo en su vida es la verdad: la verdad de la misericordia, la inclinación amorosa de Dios sobre la verdad de su pobreza personal. *“Espantábanos mucho el decir que pena y gloria era para siempre, en lo que leíamos. Acaecíanos estar muchos ratos tratando de esto y gustábamos de decir muchas veces: “para siempre, siempre, siempre!” En pronunciar esto mucho rato era el Señor servido me quedase en esta niñez impreso el camino de la verdad.”*(V 1,4)

La profunda intuición de lo que significa el camino de la verdad en esta edad temprana es para Teresa una de las gracias más grandes que haya recibido. Su encuentro con la verdad no era en primer lugar un conocimiento intelectual de la realidad sino de una persona, Aquel que es la misma verdad y le enseña *“que todas las demás verdades dependen de esta verdad, y como todos los demás amores de este amor...”* (V 40,4) JESÚS, el amor del que dependen todos los amores.

Esto es lo primero que veo y lo que se expresa en su nombre; aunque en alemán solemos decir “Teresa de Ávila”, ella es “Teresa de Jesús”. Lo concreto de su amor, de su fe, de su alegría de vivir, le viene de Jesús en la Escritura por la Iglesia. La Santa explica en varios lugares de sus escritos encuentros con Jesús, ya sea en la “oración interior” (muy buena traducción de su palabra “oración”) en forma de búsqueda, de clamor desde la hondura de su miseria (cf V 9,1), o en forma de irrupción extática en la que todo le es dado de sorpresa y sin medida (cf V 38,17), o también por el camino de las mediaciones exteriores. El mismo hecho de escribir es una y otra vez para ella ocasión de encuentros inmediatos con “Su Majestad”, con el “amigo verdadero”, con “el Esposo”. Jesús es su centro, su vida. La leyenda del Niño Jesús que se pierde en el claustro de La Encarnación y que responde a Teresa que le pregunta por su nombre: “soy Jesús de Teresa” es más que una simpática historia de monjas. Creo que alberga en sí toda aquella verdad que R. Guardini ve en las leyendas, la verdad que está más allá de las palabras y los hechos verificables. Jesús se hace de Teresa, es decir, ella le reconoce como Aquel que siempre está con ella, que es y está para ella.

Vive esta relación como núcleo de toda su existencia y nos enseña valorar como secundario todo lo demás. Las circunstancias de su vida, su ser monja, fundadora, escritora, maestra y madre, no dejan de ser consecuencias, o campos donde fructifica este amor, nunca están en el primer plano. Siempre es el mismo amor, el mismo Señor, el mismo Dios y la pobreza y el gozo de la respuesta de Teresa lo que forma la trama de su existir a lo largo de los años. La Santa experimenta de manera carismática y profética para su familia carmelitana el amor único: a Dios y al prójimo. Al decir que la Santa ama a Jesús, siempre hay que entender que ama con El todo lo que Jesús ama. Es este único amor el que la hace encontrar la forma de

amar al prójimo, a la Iglesia y a la humanidad en su momento histórico. No se encierra por razón de su íntima relación con Jesús, como quien se sustrae de la batalla para poderse dedicar con calma y sosiego al cultivo de sus fantasías religiosas. *"Aquí, hijas, se ha de ver el amor, que no a los rincones, sino en mitad de las ocasiones."* (F 5,15) Desde los primeros acontecimientos místicos en su vida de monja, ella comprende que el camino será el mismo que anduvo Cristo: camino de entrega de la vida por los hermanos por amor al Padre. La forma que dio a su obra o la manera de hacer participar en su carisma, fue la fundación del monasterio de San José al que le siguen luego otras fundaciones y las primeras casas de los frailes carmelitas descalzos. La respuesta a los torrentes de amor que le inundan el corazón es consentir en vivir abrasada en el fuego de la amistad con este divino Amador. Y la amistad llama a la intimidad, al compartir entre los dos amigos, a tener por propios los asuntos del amigo, vivir para lo mismo, desvivirse por lo mismo.

Teresa vive instalada en un océano divino. La barca de su vida, frágil como toda vida humana, está afianzada en la singladura que le viene marcada y a la que sólo tiene que consentir. Pero esto no significa una pasividad cómoda por parte de ella, un tener la vida resuelta dejándose llevar sin más por la corriente de los caminos del mar. Ella lleva en su barca todo lo que pertenece a una existencia humana en todos los aspectos: sus propias cualidades y debilidades (fascinación y talento para la relación, sus inseguridades e ignorancias, sus ambigüedades etc.), las grandezas y mezquindades de la convivencia humana, el genio de su propia creatividad y esfuerzo, el tapiz tupido de relaciones humanas de todo tipo con sus íntimas satisfacciones y sus profundos desengaños. Y sobre todo, lleva el perfume de una nostalgia infinita que no se sacia sino "con la presencia y la figura" (cf S. Juan de la Cruz, CB 11), pero se transforma en presencia y gozo ya ahora, por el amor al prójimo y la entrega a la voluntad divina. En una de sus Relaciones, cuando le falta apenas un año para morir, expresa este estado de gloria anticipada: *"!Oh quien pudiera dar a entender bien a vuestra señoría la quietud y sosiego con que se halla mi alma!...parece que siempre se anda esta visión intelectual de estas tres Personas y de la Humanidad...Actos de padecer y(deseo de) martirio y de ver a Dios, no llevan fuerza, y lo más ordinario no puedo. Es tan mayor la que tiene el que se haga la voluntad de Dios y lo que sea más su gloria... Tiene tanta fuerza este rendimiento a ella, que la muerte ni la vida se quiere, si no es por poco tiempo cuando desea ver a Dios; mas luego se le representa con tanta fuerza estar presentes estas tres Personas, que con esto se ha remediado la pena de esta ausencia y queda el deseo de vivir, si El quiere, para servirle más....si puede ser parte que siquiera un alma le amase más y alabase por mi intercesión, que... le parece importa más que estar en la gloria."* (Rel.6, Palencia 1581) La mística de Teresa de Jesús tiene tal fuerza cautivadora y de contagio porque en ella se palpa, se ve, se oye, se gusta y se saborea la verdad de que sólo hay una verdad: el Amor y sólo una vida: el Amor, y sólo un Amor: Dios-comunión. La existencia humana, por la encarnación divina, es capaz de vivir esta verdad, más aún, vivir así es la verdad.

¿Y nosotras, cómo vivimos?

La historia de la Orden que me tocó vivir desde casi mi entrada en el Carmelo, en 1964, en plena celebración del Concilio Vaticano II, está marcada por unos acontecimientos que a primera vista pueden parecer marginales en relación con la mística, con nuestra respuesta al carisma de la Santa, con la tradición de la Orden. Aunque se presenten como acontecimientos meramente históricos con sus tendencias ideológicas enfrentadas, evoluciones culturales y sociológicas, hay detrás de todo ello una realidad que toca inmediatamente a la experiencia de la fe, dentro del carisma teresiano. Son mediaciones auténticas de la experiencia de Dios. Las tensiones internas de la Orden, las incomprensiones desde fuera, las tergiversaciones de los

ideales fundacionales han estado presentes desde el inicio del Carmelo Descalzo y quieren ser vividos con actitud teologal. Esto es lo que nos enseña la Santa Madre.

Mi vida de carmelita ha estado desde el primer día marcada por la categoría de “cambio”, de desarraigo, de tensión entre lo viejo y lo nuevo, entre lo esencial y lo accidental. La fe en la vocación, la certeza de que el camino de Teresa de Jesús era también mi camino, no me ha abandonado nunca en estos 40 años. Pero el marco en el que esto se desarrollaría ha sido totalmente diferente de lo que yo me podía imaginar.

Tengo la impresión de haber convivido con Santa Teresa, tanto por la presencia de algunas monjas como por todo el marco cultural y social que estaba en pleno vigor en nuestra comunidad. Me parecía que la llamada a vivir lo absoluto de Dios tenía su correspondencia adecuada en aquel estilo de comunidad claustral, absoluta en su distancia al mundo, con una apertura sólo hacia arriba y hacia dentro. Lo que con la razón podía aceptar como lógico y acorde con el ideal, no lo pude integrar tan fácilmente en mi vida. Era un salto a otra cultura y a otro momento histórico dentro de esta cultura, que vino a ser el reto para mí de pasar de una vida soñada a la realidad teologal vivida en este marco concreto, relativo y llamado a cambiar.

Santa Teresa me cogió de la mano y me enseñó a ahondar hasta encontrar la mina de agua viva que atraviesa todas las culturas y toda la historia. Guiada por ella y, en otro orden de cosas, también por Juan de la Cruz, se me iba abriendo el camino de la contemplación, justamente en plena celebración del Concilio Vaticano II y años postconciliares. Más allá de las diferencias culturales e históricos, creo que la vivencia del misterio de Dios dentro de nosotros es la misma hoy que para Teresa: el caer en la cuenta de que Alguien nos ha llamado, nos habita. Lo que la Santa describe en 7M 1,7-8 es el núcleo y el centro de todo cuanto estamos llamadas a vivir como cristianas y como contemplativas, aunque de formas muy variadas: *“Aquí se le comunican todas tres Personas...y la dan a entender aquellas palabras que dice el evangelio que dijo el Señor: que vendría El y el Padre y el Espíritu Santo a morar con el alma que le ama y guarda sus mandamientos...!Oh, válgame Dios! ¡Cuán diferente cosa es oír estas palabras y creerlas, a entender por esta manera cuán verdaderas son...que están en lo interior de su alma, en lo muy muy interior, en una cosa muy honda, que no sabe decir cómo es, porque no tiene letra...en todo se hallaba mejorada, y le parecía que por trabajos y negocios que tuviese, lo esencial de su alma jamás se movía de aquel aposento...”* (cf 7M 1, 6-10)

La cercanía de Teresa a sí misma, su amistad con Jesús y su arraigo en la Sagrada Escritura (cf V 40,1) son los elementos que hoy nos pueden enseñar la manera de vivir lo muy interior de nuestra vida. Hay una interioridad, entendida como verdad de vida, que es anterior a toda oración o contemplación, es estar en su propia casa, en la realidad de lo que uno es y estar reconciliado con ello, aunque no sea una realidad armónica, plenamente madura y equilibrada en todos los aspectos.

Las condiciones para que la vocación pueda ser vivida, para que la convivencia con Dios sea realmente humanizadora para nosotras y para los que conviven con nosotras, no pueden depender únicamente de un equilibrio psicológico y humano “perfecto”. Sería desconocer los caminos de Dios. Con todo, no tenemos que olvidar nunca que no se puede ser carmelita para “remediarse”. La mayor conciencia de que no existe “eine heile Welt”, tampoco en el Carmelo, tampoco en el corazón de cada monja o fraile, nos abre, talvez, a una mayor pobreza y vacío ante Dios.

Jesús nos abre el camino. En él está la creación reconciliada del todo, en él es posible seguir la llamada, en él la intimidad con Dios es al mismo tiempo verdad vivida ante sí mismo y ante el mundo que ansía estar con Dios. El cristocentrismo de Teresa puede ser hoy para nosotras la aceptación confiada y esperanzada de nuestra debilidad, de la debilidad de muchas de nuestras comunidades, identificándonos con Jesús pobre, humilde y vulnerado. Nuestra amistad con el Señor tiene tal vez una cara menos radiante, menos contagiadora a primera vista que la de la Santa pero no debe ser menos auténtica. Me parece muy importante que nuestra vivencia “mística” tenga del todo el rostro de la realidad que nos habita y nos circunda. Y esta realidad, en la mayoría de las comunidades europeas y occidentales tiene el rostro de la pobreza y de lo caduco. Si un monasterio nunca ha “servido para nada” hoy todavía menos, por causa de esta pobreza. Ni la cultura, ni las ciencias, ni la política necesitan de los monjes o monjas para desempeñar su papel en la sociedad. Y la Iglesia, aunque se diga muchas veces que somos el tesoro y los “pararrayos” de la humanidad, no cuenta especialmente con la aportación de las contemplativas para su tarea pastoral, en sentido amplio de la palabra. Por esto, me parece muy importante que nuestra vivencia del carisma teresiano tenga el sello de la pobreza de Jesús y que esté abierta y acogedora hacia aquello y aquellos que el Espíritu conduce hasta nuestras porterías y nuestros corazones.

Dentro de esta esencial pobreza evangélica que hoy tiene un rostro muy concreto en nuestras comunidades y rebasa con mucho el concepto estricto de lo que teníamos como “voto de pobreza” se sitúa también la forma de vivir la mística: pocas visiones, pocos profetas, poco fuego y mucha sed, mucho desierto, mucha nada en la experiencia, mucho silencio y dolor en la escucha. Esta pobreza es como muro protector ante la vanidad, la honra, la tentación de ser salvadoras de nadie. La libertad personal mayor que en tiempo de la Santa, es también mayor pobreza, porque estamos más directamente confrontadas con nuestra realidad íntima, nuestras limitaciones y mezquindades que tantas veces impiden un vuelo arriesgado hacia las alturas de la oración interior y de la contemplación. Pero esta libertad mayor, vivida en comunión dentro de la comunidad nos lleva a una riqueza de matices para vivir el carisma de la Santa que sólo puede ser beneficiosa para todas.

La enseñanza de Teresa de “*de no estar sin tan buen amigo*” (cf. CV 26,1) porque todo nos viene por “la puerta” de “esta Humanidad Sacratísima” (cf V 22,6) tiene hoy para nosotras un aspecto muy actual que ya la Santa vivió hondamente: ella identifica a Cristo con la Iglesia, “*quieren tornar a sentenciar a Cristo, como dicen*”(CE 1,5), al igual que lo experimentó Pablo cuando pregunta al Señor: “¿quién eres? Soy Jesús a quien tú persigues.” (He 9,5) Toda nuestra intimidad con el Señor, nuestra contemplación y nuestra entrega en la vida comunitaria tiene más y más este sello: la indisoluble comunión entre Dios y el mundo, entre Jesús y la humanidad, entre “las de dentro” y “los de fuera”.

La mayor información nos educa a vivir con la Palabra de Dios, escrita en la Biblia y escrita en los acontecimientos del mundo. Y nos lleva a vivir con más generosidad la propia pobreza, no quedándonos en las terribles estrecheces de nuestra vida de “clausura”. Tenemos ocasión sobrada para vivir lo que la Santa nos recomienda en el Camino de Perfección: “*No hermanas mías, no es tiempo de tratar con Dios negocios de poca importancia*”. (CE,1,5) Me parece que cuanto más tiempo pasa, más se unifican en el interior las raíces de la contemplación de Dios y las de la solidaridad con la creación, la humanidad en concreto, con sus dolores de parto y sus ansias de redención.

Tal vez nos toque a nosotras, la generación que surge de finales de la primera mitad del siglo XX, entregar a nuestras hermanas más jóvenes una nueva vivencia del carisma teresiano: vivir

testimonialmente la unión con su Sacratísima Humanidad, abierta al Cristo total, cósmico, presente en la humanidad actual y al mismo tiempo vivir con la máxima intensidad la comunicación personal, íntima, teologal con el Dios de Nuestro Señor Jesucristo. Aquí veo yo un reto que el Espíritu nos presenta. Tanto en el tiempo de la Santa como ahora la esencial inclinación a la soledad, “*estando muchas veces a solas con quien sabemos nos ama*” (V8,5) es parte irrenunciable y siempre actual de la vocación al Carmelo teresiano. Es una de las condiciones personales que nunca debe faltar. Y al mismo tiempo creo que nos toca ahondar y explorar la experiencia de la Santa Madre durante sus años de fundadora, de máxima actividad y de suprema vivencia mística. Desde aquí nos puede venir una nueva luz sobre el camino que se nos abre.

III. ¿Cómo prepara Teresa a las mujeres que se sienten llamadas a esta forma de convivencia? ¿Y nosotras?

Santa Teresa no tiene un tratado específico de cómo formar a las aspirantes a compartir la vida en la comunidad de San José. Ella misma es el “método” y la maestra. Es en el contacto personal con ella, conviviendo con ella donde estas mujeres aprenden sus primeros pasos como carmelitas. Es su presencia la que imprime entre sus hijas el sello del carisma. No es un método teórico, no es el rigorismo reformador en uso lo que aplica Teresa, sino el ardor del amor experimentado en ella misma y que la ha formado a ella en los infinitos aspectos personales que necesitaban encontrar su eje. Llegar a ser amiga de Dios y amiga de todos y todas: éste puede ser un resumen de lo que Teresa quiere conseguir con la formación de sus hermanas. No hace mucha diferencia entre formación inicial y permanente. Teresa sabe por propia experiencia que a veces los inicios no tienen tanta necesidad de teoría porque la vivencia, la sorpresa o la emoción del encuentro con el Señor llenan el corazón y lo conducen casi sobre alas por el “camino de perfección”. Pero también sabe que este apoyo sensible no dura mucho y que no es fundamento sólido para toda una vida. Y advierte desde el principio, con breves y muy tajantes palabras a qué han venido las que se quieren adherir a su forma de vida contemplativa: “*Determinaos, hermanas que venís a morir por Cristo y no a regalaros por Cristo...*” (CE 15,3) “*Si no nos determinamos a tragar de una vez la muerte y la falta de salud, nunca haremos nada.*” (CV 11,4) Estas dos frases ponen un acento realista, casi brusco en la formación que da la Santa a sus hermanas. Seguramente juega su papel la experiencia personal de Teresa, siempre enferma, y la situación precaria en cuanto al cuidado de la salud en aquella época, pero, creo que tocan en la esencia de la vida que se entrega a Jesús por amor. Por dónde él anduvo quiere andar esta vida, lo que él padeció lo quiere padecer, sin adornos ni escapatorias piadosas. Toda la formación teresiana se podría resumir en esto: conocer el amor (Dios, Cristo) y responder a él yendo por el camino evangélico, con suavidad y discreción que son los pilares fundamentales de la espiritualidad teresiana. Toda la oración interior, la contemplación, las gracias extraordinarias, los servicios a los hermanos y hermanas, las cualidades de todo tipo quedan encerrados en el amor. Amor hasta el extremo de todas las fibras de la persona, en bien de los demás y para gloria de Dios. Esto es el plan de formación que tiene Teresa y que explaya en sus obras, poniendo sus acentos una y otra vez en la unidad del amor, la humildad y el desprendimiento. (CE 6,1) La existencia mística es una existencia para los demás y para gloria de Dios.

Teresa mira esta verdad con ojos de mujer que conoce las profundidades del alma femenina, en su aspecto religioso y psicológico. Aquí radica su profunda convicción de la grandeza del alma femenina, más dotada para la mística que el hombre, según ella, convicción que fue corroborada por fray Pedro de Alcántara. “...*hay muchas (mujeres) más que hombres, a quien*

el Señor hace estas mercedes, y esto oí al santo Fray Pedro de Alcántara (y también lo he visto yo), que decía aprovechaban mucho más en este camino que hombres, y daba de ello excelentes razones, que no hay para qué las decir aquí, todas a favor de las mujeres.(V 40,8) Como dato curioso y llamativo, de la actualidad de la vida contemplativa en España: Hay 38 monasterios masculinos frente 911 femeninos! Para Teresa este talento “místico” es lo que fundamenta la vocación al Carmelo, en el sentido de la experiencia fundante de la oración interior que informa todo nuestro proceso vital. Ayudar a fructificar este talento es lo que toca a la formación, desde el principio y durante toda la vida. La exhuberancia de fenómenos místicos en la vida de la Santa, unida a su sentido eminentemente práctico, la capacita para reconocer y apreciar estos mismos dones en sus hijas, y desde aquí puede alentar y animar el camino personal de cada una con generosidad y veneración.

Teresa quiere introducir a sus hermanas en el océano del amor. Quiere que sus vidas, con todas las limitaciones y finitudes que asoman por doquier estén impregnadas por la humildad y la verdad que son inseparables del amor. Por esto, el realismo implacable de la Santa a la hora de desenmascarar los falsos “misticismos” que hacen sentir disgusto cuando hay que dejar la oración por el servicio de las hermanas, buscando en la oración más contentarse a una misma que a Dios y a los demás: *“descansando el cuerpo y regalada el alma.”* (cf F 5,4) De ahí también la insistencia machacona de aspirar a la unión de voluntades, antes que a uniones místicas con fenómenos extraordinarios que no añaden nada a la santidad y pueden quitar la humildad. Teresa es muy sobria en enjuiciar las gracias místicas en la contemplación, insiste una y otra vez en el amor, la humildad y la entrega al servicio de los demás. Lo importante, decisivo es siempre la entrega desprendida a Dios y al prójimo, por amor. (cf CE 27,6) El sentido del humor tiene un lugar importante en la pedagogía de la Santa. Caricaturiza actitudes propias y de las hermanas y de otras personas con gran libertad. Da en el blanco de las debilidades sin herir. Refiriéndose a la indiscreción y vanidad en las penitencias que apartan de la verdadera actitud de entrega, dice: *“No guardan unas cosas muy bajas de la Regla, como el silencio, que no nos ha de hacer mal; y no nos ha venido la imaginación de que nos duele la cabeza, cuando dejamos de ir al coro que tampoco nos mata- un día porque nos dolió, y otro porque nos ha dolido, y toros tres porque no nos duela.”*(CE 15,4)

¿Y nosotras?

En el fundamento de la vocación al Carmelo está el encuentro con Jesús. Algo debe haber pasado entre la persona y Jesús, un encuentro, un contacto que deja una huella indeleble en el corazón aunque no se sepa razonarlo de forma objetiva e irrefutable. Esta convicción experiencial de estar habitada por el Espíritu de Jesús y que esto nos atrae hacia dentro de nosotras mismas y hacia el centro de toda realidad, es la fuente de donde sale todo el resto que también forma parte de la vocación: la inclinación hacia la soledad, el silencio, la “oración interior”, la vivencia de la amistad en una vida sobria y fraterna acercándose a la pobreza evangélica. Estos rasgos de la vocación son los mismos que en tiempo de la Santa y desde aquí tiene que actuar la formación inicial y permanente.

Si en las formadoras no hay experiencia de Dios fundante de su personalidad, todo el resto es ambiguo, poco efectivo y de poca hondura. Sabiendo lo difícil que es encontrar hermanas idóneas para formadoras y lo perjudicial que es la ineptitud para ello, la Santa anima a María de San José en Sevilla a tomar ella este trabajo: *“Yo escribo al prior de Pastrana lo de la maestra de novicias, que bien me parece lo que dice(aconseja a la priora que haga de maestra); querría hubiese ya pocas, que para todo es inconveniente, como he dicho, y no hay por dónde se vengán a perder las casas sino por aquí.”*(Cta. María de San José, 21-12-1579)

La conjunción en la formadora de su convivencia real con Jesús dentro de ella y su atención inteligente y amorosa a lo que la rodea es el mejor camino hacia una vida afectiva expansiva, contagiosa y radiante dentro de la comunidad y en concreto de cara a las formandas. De su oración silenciosa y solitaria, de su contacto fraterno e intenso con las hermanas brota como un árbol gracioso y sereno, con muchas ramas y follaje de suave sombra y bienestar, la relación afectiva entre todas. Bajo esta sombra se sienta la formadora con las formandas para compartir, discernir, preguntar y escuchar al Espíritu dentro de cada una. La vocación de la formadora y de toda la comunidad como agente principal de formación, es ser árbol donde las hermanas puedan cobijarse durante el camino sin quedar retenidas en su itinerario. Recuerdo un párrafo del Libro de la Vida en que Teresa habla de los que acompañan a los orantes. Me parece que se puede aplicar perfectamente a las formadoras de nuestras comunidades: *"Para esto (agradecer a Dios sus mercedes) querría yo se nos acordase de los muchos años a los que los tenemos de profesión y las personas que los tienen de oración, y no para fatigar a los que en poco tiempo van más adelante, con hacerlos tornar atrás para que anden a nuestro paso; y a los que vuelan como águilas con las mercedes que les hace Dios, quererlos hacer andar como pollo trabado; sino que pongamos los ojos en Su Majestad, y si los viéremos con humildad, darles la rienda, que el Señor que los hace tantas mercedes no los dejará despeñar...."* (V 39,12)

La carmelita formadora tiene que apoyarse en las dos columnas de la experiencia "fundante" de Dios y la atenta observación contemplativa de la realidad de las hermanas que acompaña y enseña. Según mi experiencia personal, la formación intelectual de las formadoras es muy necesaria, y tiene que incrementarse en el futuro. Pero no es el camino único para sanar las lagunas que hemos padecido en el pasado. Me considero miembro de una generación de formadoras que todavía ha podido hacer este servicio positivamente disponiendo de una formación cultural autodidacta, más bien limitada. No creo que esto será suficiente para un futuro inmediato. Al mismo tiempo estoy convencida de que la parte de la propia experiencia contemplativa seguirá siendo más decisiva que lo otro. Yo pertenezco a una generación de carmelitas que nos hemos formado en el carisma teresiano, y en general, en la teología monástica, con un método absolutamente casero: lecturas compartidas, cursos impartidos en la propia comunidad y en la federación, con las conversaciones personales con las formadoras, con lecturas particulares según la posibilidad de la biblioteca del monasterio y el interés personal. Reconozco que en todo ello estaba presente el espíritu de la Santa Madre y que a mí me ha llevado a una profunda sintonía con ella y ha conformado mi vida con su carisma.

Pero soy consciente de que la formación actual no puede quedar en el nivel que nosotras, las hermanas del postconcilio hemos encontrado y que de alguna manera nos ha sido suficiente. Dedicarse a la vida contemplativa, a buscar la experiencia mística como mujer hoy, no está absolutamente ligado a formas que heredamos del siglo XVI. Si miro a muchas comunidades, a la historia nuestra en general, me parece ver que la forma actual de concebir la formación y por consiguiente la vida comunitaria no ha garantizado, de hecho, la hondura de la vida teológica que la Santa quiere para sus hijas e hijos. A demás, en otro orden de cosas, el mismo trabajo remunerado para el sustento de la comunidad va a cambiar el ritmo comunitario en un futuro no lejano.

Esto mismo me hace vislumbrar que estamos ante unos cambios que nos toca asumir si queremos ser *"cimiento de las que están por venir"*. (F 4,6) Intuyendo que la vida de la carmelita no va ser ya, por lo menos en muchos Carmelos de nuestros ambientes occidentales, una vida totalmente apartada de la sociedad, tiene que tener hoy nuevos elementos para

responder a lo que realmente la vida va a exigir de las mujeres que se sienten llamadas a compartir el carisma de Santa Teresa. No basta ya con la transmisión oral, vivencial del carisma dentro de una comunidad, sobre todo, pensando en las comunidades tan menguadas de fuerzas y de personal. Seguirá siendo de absoluta necesidad esta transmisión por contacto con la vida diaria, pero tendrá que estar combinado con las posibilidades de formación académica. Las mujeres carmelitas de ahora ya, no deberían quedar detrás de la formación que hoy reciben sus hermanos en el Carmelo. Las que vamos ya entrando en la tercera edad, tenemos todavía esta responsabilidad de dar testimonio del espíritu de la Santa Madre que no dejó nada por hacer para llegar a la meta que se había propuesto, o que el Señor le había encargado: dar testimonio de su amor y amistad por una vida dedicada a la oración interior y a la fraternidad. Pues nosotras debemos preparar o apoyar los intentos de nuestras hermanas de recibir una formación que las haga capaces de dar testimonio personal del estilo de vida de Teresa, sirviéndose de las posibilidades de formación que están abiertas a las mujeres. Los “buenos libros” y los “letrados” de entonces, pueden ser hoy los estudios universitarios de la teología, la filosofía, la psicología, etc.

La Santa es un genio. Y aunque durante siglos los estudios y comentarios sobre sus escritos se hayan hecho casi exclusivamente por hombres, el genio femenino nunca se ha apagado en la Orden. Es muy importante que compartamos entre nosotras mismas nuestra lectura y sintonía con la Santa Madre, *“que mejor se entienden el lenguaje unas mujeres de otras...”* (M Prol 4) Por esto me parece muy necesario que las mismas carmelitas podamos acceder a los estudios igual que nuestros hermanos para vivir con más intensidad nuestra vocación y poder testimoniar luego, desde nuestra vida, del frescor y de la actualidad del carisma para nuestro tiempo y animarnos *“para más avivar el amor que tenemos al Esposo”*. (cf Const. 7) Frailes y monjas tenemos que ir por el mismo camino carismático, con sellos complementarios. El desafío consistirá en la autenticidad personal de cada mujer carmelita. Lo específicamente femenino en la vivencia del carisma teresiano siempre tendrá que ver con la interioridad, con la capacidad de descubrir y habitar nuestro *“castillo de muy claro cristal”* (1M 1,1), con la tendencia a la soledad para estar con el Amigo a solas y regalarnos con él. Pero debe ser compatible con una formación personal que no esté condicionada por la relegación de la mujer en la sociedad y la Iglesia tal como la tuvo que vivir la Santa.

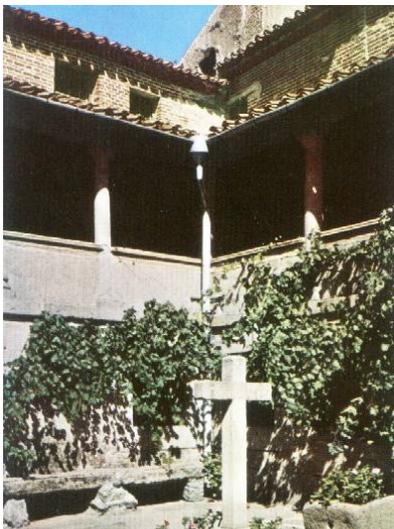
¿Por qué caminos tendríamos que andar? Pienso que lo primero es escuchar en la oración qué dice el Espíritu a cada una de nosotras, cómo quiere conducirnos en la aventura de la propia vocación. Como ya dice la Santa, puede haber distintas llamadas, todas para el Carmelo, pero no todas con la misma intensidad de talento contemplativo, o de consejo, o de inteligencia, aunque todas están llamadas a llegar a la fuente de agua viva que es la comunión con Dios en la contemplación, que siempre es puro regalo. (cf CE 27 – 29; 33,1) ¿No habrá ocasión a que algunas hermanas se sientan llamadas desde el centro de su vocación particular a cursar estudios académicos, vivir un aspecto del carisma que la Santa no pudo vivir pero que anhelaba con toda el alma: “dar voces” a favor del amor...y así ayudar a otros a dar con esta mina del amor. (cf CV 6,8) Esto cambiaría notablemente el estilo de nuestras comunidades. ¿Estamos preparadas?

Esta pregunta llama a un interrogante mayor: ¿cómo transmitir e incrementar la experiencia mística y contemplativa en las generaciones actuales de carmelitas? Porque al fin y al cabo, lo que es irrenunciable en nuestro estilo de vida es esto. En toda persona está la capacidad de abrirse a lo trascendente, de “ver” a través de lo que se ve la realidad última de todo, pero el ambiente, la educación hacen más difícil esta percepción y menos espontánea. Cada formanda tendría que tener ocasión de poder reflejarse en un espejo personal, donde viera

vivir esta apertura y esta penetración de todo hacia lo trascendente. Pero al mismo tiempo hay que procurar que puedan cimentar su vivencia carmelitana en un estudio “sapiencial” y, si es el caso, académico, de la teología bíblica, litúrgica, etc. y de los escritos de nuestros fundadores y otros santos de la Orden.

Esto nos conducirá a comunidades más diferenciadas. En cuanto a asegurar la vivencia del núcleo de nuestra vocación, veo que sería de gran utilidad en cada federación o región más amplia, alguna comunidad reducida, con estilo marcadamente eremítica, en la que se podría vivir temporalmente, donde experimentar fuertemente la soledad y la simplicidad de vida que en otro estilo de comunidad no es posible con la misma intensidad a causa de la formación o de la atención a las hermanas mayores y a las personas que acuden a nuestros monasterios.

IV. ¿Qué forma de comunidad femenina crea Teresa en su momento, cómo comprende ella este “colegio de Cristo”? ¿Y nosotras?



Claustro, Monasterio de San José. Ávila

La nueva comunidad que Teresa pone en marcha en San José carece totalmente del carácter de rebeldía frente a su monasterio de origen de La Encarnación. Me parece muy importante subrayar este hecho porque no pocas veces se toma a Teresa como ejemplo para innovaciones de tipo contestatario. Ella misma asegura en varios lugares que no deja su comunidad por descontento, sino porque comprende que Dios le confía una misión dentro de la familia del Carmelo. Cuando la Santa relata las tentaciones que la acometieron justo al acabar de fundar el convento de San José, dice: *“También me ponía el demonio....que cómo había de poder sufrir tanta penitencia y dejaba casa tan grande y deleitosa y adonde tan contenta siempre había estado, y tantas amigas, que quizá las de acá no serían a mi gusto...”* (V 36,8) y en una carta al P. Jerónimo Gracián confiesa:

“Crea que una monja descontenta yo la temo más que a muchos demonios”. (Cta. J. Gracián 14-7-1581) Teresa no podía ser una de estas monjas que buscarse en otro sitio su “contento. Me parece importante aclarar esto desde un principio al reflexionar sobre la novedad de la comunidad contemplativa femenina que ella funda. No quiere corregir el decaimiento de La Encarnación con rigores nuevos. La misma comparación entre la legislación vigente en La Encarnación y la que Teresa presenta a sus hijas descalzas revela una mayor suavidad, porque las leyes anteriores eran de una dureza terrible y por ello no se cumplían y no servían como ayuda a la vida concreta de las monjas. En cambio las pocas consignas de la Santa en las Constituciones están llenas de suavidad y de sabiduría para poder ser un apoyo a la vida, teniendo en cuenta la condición humana.

Cuando hacia 1560 la celda de Teresa de Ahumada en La Encarnación se convierte en un lugar de reunión de amigas monjas, seglares y parientes donde se platica sobre los acontecimientos que conmueven la sociedad y la Iglesia, Teresa ya está inundada por el océano de Dios. Las experiencias son de naturaleza variada: íntimos consuelos de Jesús, “reproches” amorosos de parte de él, visiones de cielo y también del infierno. Todo este mundo interior aviva en la Santa la sensibilidad y la afina para detectar los instantes en que el Espíritu y su espíritu se encuentran para dar vida a algo nuevo, una nueva presencia de Dios en el mundo a través del corazón de Teresa. *“Andando... deseando modo y manera en que pudiese hacer penitencia de tanto mal y merecer algo para ganar tanto bien, deseaba huir de*

gentes y acabar ya de en todo en todo apartarme del mundo; no sosegaba mi espíritu, mas no desasosiego inquieto, sino sabroso...Pensaba qué podría hacer por Dios, y pensé que lo primero era seguir el llamamiento que Su Majestad me había hecho a religión, guardando mi Regla con la mayor perfección que pudiese.”(V32, 8)

Teresa ve su obra como la contribución que ella y sus amigas pueden dar al momento histórico de la Iglesia y del mundo en que vivían. Un grupo de mujeres, que no pasasen de 13 y luego de 20, viviendo una comunión donde *“todas han de ser amigas, todas se han de querer, todas se han de ayudar...”*(CE 6,4) entregadas a desplegar sus capacidades de todo tipo en el amor a Jesús, siguiendo los consejos evangélicos, compartiendo su vida entre ellas en amistad, era para Teresa el medio que se le ofrecía para “hacer algo” en aquel tiempo de grandes desafíos y grandes oscuridades en la Iglesia y en la sociedad. Este algo era entregarse totalmente a la oración interior, ponerse a disposición del Espíritu Santo, que hiciera con ellas lo que quisiera. Para Teresa esto sólo se puede vivir a partir del misterio de la encarnación en Jesús de Nazaret. Su “única idea” es Jesús, su única ocupación es darlo a conocer y testimoniar de él, su única alegría es estar con él y que todos lo estén, la única razón de todo lo que hace y dice es él. (cf CE 42,4; V 40, 1-3)

La comunidad de Teresa tiene su modelo en la comunidad trinitaria y su amor es la participación en este misterio. En Rel 16 explica su visión intelectual del misterio de la Trinidad y como el efecto que le quedaba era la caridad y saber padecer con contento. (cf 7M 1,6) Quizá la Exclamación VII exprese como en síntesis todo lo que a lo largo de sus obras Teresa quiere manifestar como el núcleo esencial de la comunidad, el nudo del amor que no se desata ni en la misma vida trinitaria, aquel lugar en que se hace eternamente la unión entre Dios y la creación: en el hombre Jesús, exaltado a la derecha del Padre. *“Alégrate, ánima mía, que hay quien ame a tu Dios como El merece. Alégrate, que hay quien conoce su bondad y valor. Dale gracias que nos dio en la tierra quien así le conoce, como a su único Hijo. Debajo de este amparo podrás llegar a suplicarle que, pues Su Majestad se deleita contigo, que todas las cosas de la tierra no sean bastante a apartarte de deleitarte tú, y alegrarte en la grandeza de tu Dios y en cómo merece ser amado y alabado y que te ayude para que tú seas alguna partecita para ser bendecido su nombre, y que puedas decir con verdad: Engrandece y loa mi ánima al Señor.”* (Excl. VII) Aquí radica la última razón para fundar una nueva comunidad: ser parte de que otros le alaben, que es un deseo que abarca el amor a Dios y al prójimo.

La vivencia explícita del misterio de amor que nos habita es lo más simple y lo más uno y lo único que importa en la vida de la descalza. Teresa, en Fundaciones, habla a sus hijas de la oración, recordando cosas que ya están escritas en el Camino de Perfección, pero para Teresa es importante repetirlo constantemente: *“...el aprovechamiento del alma no está en pensar mucho, sino en amar mucho. ¿Cómo se adquiriría este amor? – Determinándose a obrar y padecer, y hacerlo cuando se ofreciere. Bien es verdad que del pensar lo que debemos al Señor y quién es y lo que somos, se viene a hacer una alma determinada y que es gran mérito, y para los principios muy conveniente; mas entiéndese cuando no hay de por medio cosas que toquen en obediencia y aprovechamiento de los prójimos. Cualquiera de estas dos cosas que se ofrezcan, piden tiempo para dejar el que nosotros tanto deseamos dar a Dios, que a nuestro parecer es estarnos a solas pensando en El y regalándonos con los regalos que nos da. Dejar esto por cualquiera de estas dos cosas, es regalarle y hacer por El, dicho por su boca: Lo que hicisteis por uno de estos pequeñitos, hacéis por mí. Y en lo que toca a la obediencia, no querrá que vaya por otro camino que El, quien bien le quisiere.”*(F5,2-3)

¿Y nosotras?

Hasta el Concilio Vaticano II, en España por lo menos, las comunidades se parecían una a la otra como un huevo a otro huevo. Las Constituciones, el Ceremonial, y, en menor medida, las obras de la Santa y del Santo eran los instrumentos con que se modelaban las comunidades. A posteriori, yo puedo afirmar que hasta los años 60, las comunidades carmelitanas tenían en su funcionamiento exterior, sus costumbres diarias un sello claramente post-teresiano, es decir, había muchos elementos de las prácticas de la vida común que tenían mucho más que ver con influencias dorianas y posteriores que con la misma Santa: p.e. las novicias, durante la noche, quedábamos materialmente cerradas bajo llave en las dependencias del noviciado; muchos ejercicios artificiales de penitencias etc. Pero dentro de este armazón tácitamente aceptado por las monjas como estilo teresiano, aunque no lo fuera, seguía viva la llama del espíritu de la Santa.

Hoy no nos podemos referir a Santa Teresa para mantener intacta todas las características y normas que regían en nuestras comunidades desde el inicio de la obra de la Santa. Hay circunstancias históricas a las que ella se refiere y las vivía como inamovibles que hoy ya no existen con la misma dureza o concreción y que ya no pueden ser para nosotras una excusa para no “crear” nosotras el marco de una comunidad teresiana ahora. Todo el tema de que las mujeres no pueden hacer nada más que llorar “*en secreto*” y rezar (y aún sólo vocalmente) para los que son “*defendedores de la Iglesia*” ha cambiado en nuestro tiempo radicalmente. Las exclamaciones de la Santa sobre lo que ella haría si le fuese permitido, siendo mujer, no pueden quedar como un grito perpetuado y “sacralizado” a través de los tiempos. Hoy, en nuestras culturas, la mujer puede hacer lo que la Santa no pudo. Las carmelitas estamos llamadas no a perpetuar el carisma sino a desplegarlo, desarrollarlo y manifestarlo más allá de lo que Teresa pudo realizar ni aún sospechar. Ella es portadora del carisma fontal, pero no era consciente, ni pudo serlo, de todo el alcance que puede tener el don del Espíritu que le fue confiado. Hoy, nosotras tenemos que unir fuerzas y recursos para poder seguir siendo comunidades vivas, capaces de transmitir el carisma a las nuevas generaciones. Los últimos diez años han estado marcados por las discusiones sobre la re-estructuración y re-fundación de nuestras comunidades. Las dificultades de diálogo, de mutua comprensión han sido grandes en muchas partes. Hemos avanzado poco. Hemos palpado los enormes inconvenientes que resultaron del aislamiento y de la autonomía excesiva de muchas comunidades, de la clausura mal entendida. Todo ello ha contribuido a que muchos de nuestros monasterios hayan quedado bajo influencias intensas y determinantes por parte de distintos sectores de la sociedad y de la Iglesia, mientras se quedaban totalmente al margen de cualquier comunicación con las hermanas de otros Carmelos.

Me atrevo a decir que cada una tenemos que vivir hoy algo de lo que la Santa vivió en los años 1560-62 cuando el Señor, desde la oración interior y desde aquel momento histórico la llamó a “*hacer ese poquito que era en mí, que es seguir los consejos evangélicos con toda la perfección que yo pudiese y que estas poquitas que están aquí hiciesen lo mismo*” (CV 1,5) La reflexión y la escucha interior nos harán discernir sobre qué aspectos de los consejos evangélicos tienen que resaltar en nuestras comunidades insertas en la sociedad concreta. La pobreza de la desinstalación, del desapego y del desarraigo tiene un lugar importante en nuestra contemplación vivida, día a día. Es una oportunidad no sólo para “salvar” la presencia del Carmelo en la Iglesia en nuestros países y regiones occidentales, sino para ahondar hasta profundidades insospechadas en el carisma teresiano y sanjuanista. La Santa quiso erigir “fortalezas” espirituales desde donde ayudar a los que combaten por Cristo. Hoy estas fortalezas, nuestras comunidades, tienen más bien un aspecto frágil y débil, mientras que la

vida de cada una de nosotras puede ser una fortaleza inexpugnable por la vivencia renovada e intensificada del desprendimiento y la humildad que son los pilares del amor que lo penetra todo y lo vivifica todo, a pesar de las apariencias. Ya hay carmelitas descalzas europeas que han terminado sus días en una residencia de ancianos, compartiendo la vida con otros religiosos y religiosas. Se han adentrado con su identidad de carmelitas descalzas en nuevas formas de fraternidad, de desnudez, de noche, de soledad y silencio y de confiado abandono en el Amado. Estoy segura que estas hermanas son semilla eficaz de nueva vida para muchos.

Nuestras comunidades actuales se viven cada vez más como parte de una comunidad más amplia, la federación o asociación. La falta de nuevas vocaciones y el envejecimiento de la población nos empujan “a hacernos espaldas”, a apoyarnos y ayudarnos. (cf V 7,22) Esto no es un elemento nuevo, ya que la Santa Madre lo vivió intensamente, aunque por motivos distintos. En el ambiente occidental, una de las labores más intensas de las federaciones es sugerir, preparar, acompañar y llevar a término la fusión y supresiones de comunidades. Y simultáneamente proveer al cuidado y a la asistencia a las hermanas mayores. Otra tarea consiste en la formación inicial y permanente de las hermanas. Aquí hay un trabajo que en muchas partes de Europa se ha llevado a cabo con un inmenso esfuerzo e interés por parte de todas. Hoy ya no es pensable una formación impartida exclusivamente dentro de cada comunidad. No disponemos de las personas necesarias para ello ni sería deseable porque acentuaría de nuevo el individualismo comunitario que nos ha caracterizado durante mucho tiempo, a pesar de las advertencias de la Santa: *“Es recia cosa que piense todo se lo sabe, y dice que está humilde; y no mira más de su casita y no lo esencial de todas.”*(cta Ma. Bautista, Valladolid, 28 de agosto 1575) *“Por eso traemos todas un hábito, por que nos ayudemos unos a otros, pues lo que es de uno es de todos....”*(cf a la priora de Valladolid y comunidad 31 de mayo 1579)

Hoy las federaciones tendrían que ayudar a la creatividad, a encontrar cada comunidad su personal encarnación del carisma teresiano, su manera de responder al reto de la historia. Supongo, por las noticias que nos llegan, ya existen en nuestra familia teresiana muy diversos tipos de comunidad. Sospecho que, como siempre, la vida va por delante de los leyes, la mística por delante de lo institucional. Cuando pensamos en lo que es una comunidad teresiana, podemos aplicar perfectamente las palabras de la Santa cuando habla del alma: *“...porque las cosas del alma siempre se han de considerar con plenitud y anchura y grandeza, pues no le levantan nada, que capaz es de mucho más que podremos considerar....que no la arrincone ni apriete; déjela andar por estas moradas... no se estruje en estar mucho tiempo en una pieza sola...”* 1M 2,8) En 1991, en un encuentro internacional de carmelitas descalzas en Würzburg, nació la decisión de crear contactos más concretos entre nosotras, que nos ayudasen en la renovación conciliar desde nuestras propias comunidades, intuyendo que sólo podíamos avanzar por el camino de la pluralidad en la comunión. Me parecería una ayuda muy interesante y útil si las federaciones intercambiaran sus concretas experiencias de modalidades distintas de comunidades, unidas en amor y mutua ayuda y complementariedad. Si dentro de cada persona hay infinidad de “moradas” donde está el Rey y por donde podemos pasearnos “sin licencia”, en otro orden de cosas, hay infinidad de “moradas” en el interior de nuestra familia teresiana y “sin licencia” deberíamos poder conocerlas, atravesarlas, gozarlas porque en todas encontraríamos al *“rey del castillo”*. Queda todavía mucho por hacer para que las federaciones y asociaciones se puedan mover con esta libertad de espíritu.

V. ¿Cuál es para Teresa su camino de la soledad y el silencio a la plaza pública, “al mercado”, el camino de la compasión y de la comunión con los hermanos y hermanas del mundo? ¿Y para nosotras?

Las máximas experiencias místicas están inmersas en la máxima concreción de la vida diaria, con sus innumerables relaciones humanas, sus tareas y proyectos, sus alegrías y cansancios. Pienso que Teresa está llamada a testimoniar de la “Humanidad Sacratísima” de Jesús no sólo con su “teología mística”, sabiendo comunicar a los demás lo que ella experimenta y comprende, sino también, y no como magisterio menor, con todo el talante suyo de ser mujer, monja y mística. El humanismo de Teresa se manifiesta tal vez en la simultaneidad con que vive lo místico y lo diario. La época en que escribe las Moradas entre junio y noviembre de 1577 en Toledo, son un precioso ejemplo de esta simultaneidad. (cf cartas a M. de S. José, 28 de junio, 11 de julio y a Felipe II, 13 de setiembre A ello precedió una crisis grave de agotamiento a principios del mismo año.)

La compasión de Teresa consiste en el deseo ardiente de que todos los humanos puedan vivir la riqueza que ella vive, el regalo de Dios. Y este deseo forma parte indisoluble del deseo de Dios. La mística de la Santa Madre no es un ensimismamiento solitario en esferas divinas alejadas de la cotidianidad y la miseria de la condición humano. Lo mismo, el humanismo de Teresa no es en primer lugar un talante que tiene en cuenta y conoce profundamente al ser humano en su contingencia y en su necesidad de comprensión y compasión, sino su humanismo es la esencial experiencia de que, gracias a la encarnación, lo divino y lo humano ya no se pueden nunca más separar, ni considerar ni amar por separado. *“Muchas veces, Señor mío, considero que si con algo se puede sustentar el vivir sin Vos, es en la soledad, porque descansa el alma con su descanso... Mas ¿qué es esto, mi Dios, que el descanso cansa al alma que sólo pretende contentaros?... Oh Jesús mío! Cuán grande es el amor que tenéis a los hijos de los hombres, que el mayor servicio que se os puede hacer es dejaros a Vos por su amor y ganancia y entonces sois poseído más enteramente; porque aunque no se satisface tanto en gozar la voluntad, el alma se goza de que os contenta a Vos...”* (cf Exc. II) Estos deseos quedan condicionados por la realidad social que la envuelve. Querría poder ir a predicar, a ser misionera, a llamar a la gente a la fuente viva de la oración interior, “dar voces”(cf V 20,35) para que todos se dieran cuenta de la riqueza de Dios que llevamos en nuestra vida.

Su camino de monja descalza está regida por la dinámica de la relación: amistad con Dios y amistad con las personas. (cf V 8,5; CE 6,4) La trayectoria de Teresa la conduce desde los acontecimientos místicos con sus fenómenos extraordinarios hacia una serena existencia entregada a lo que cada día presenta, una sintonía con la pobreza evangélica en el sentido de la naturalidad con que la Santa trabaja por el reino, en aquello que la vida le ha presentado, consciente de que el resplandor de la Presencia que siempre la colma se va haciendo más íntimo, más sutil. El cansancio, las enfermedades y las crecientes dificultades exteriores en la consolidación de su obra, no menguan este resplandor interior, pero lo afinan de manera que Teresa acaba su jornada existencial en total pobreza: deshecha por la enfermedad y el cansancio, incomprendida por algunas de sus hijas y muchos de sus hijos carmelitas, perseguida por la Inquisición, en plena ruta desde Medina a Alba por cumplir con un mandato que le viene de un fraile un tanto indiscreto y torpe: ir a consolar a la duquesa de Alba que va a tener un hijo.

La estatua que actualmente está delante del monasterio de La Encarnación representa bellamente el estilo de la mística de Teresa: una mujer fuerte, en ademán de caminar, envuelta en el soplo del Espíritu, el rostro abierto e iluminado desde dentro, donde está la raíz y la fuente de todo su ser. Invisible, detrás de la Santa, el Señor que la llama a volver a casa: “*En qué dudas? Que ya esto está acabado; bien te puedes ir.*” (cf F 31,49) Se fue y dejó 15 monasterios diseminados por Castilla y Andalucía.



¿Y para nosotras?

Oh hermanas mías, qué olvidado debe tener su descanso...el alma adonde está el Señor tan particularmente! Porque si ella está mucho con El, como es razón, poco se debe de acordar de sí; toda la memoria se le va en cómo más contentarle, y en qué o por dónde mostrará el amor que le tiene. Para esto es la oración, hijas mías; de esto sirve este matrimonio espiritual: de que nazcan siempre obras, obras...Esta es la verdadera muestra de ser cosa y merced hecha de Dios..., porque poco me aprovecha estarme muy recogida a solas haciendo actos con nuestro Señor, proponiendo y prometiendo de hacer maravillas por su servicio, si en saliendo de allí, que se ofrece la ocasión, lo hago todo al revés.”(cf 7M 4,6)

Estas palabras de Teresa tienen para mí hoy un alcance que tal vez ella misma no podía sospechar. Lo que la Santa previó para los hermanos carmelitas, una vida de contemplación, de soledad y oración, junto con un cierto apostolado informal, ¿no será también el estilo de vida de las carmelitas en los tiempos a venir? La imposibilidad de las mujeres de dedicarse a ninguna actividad apostólica en la Iglesia del tiempo de Teresa ya no existe en el nuestro. Luego, lo que ella creó para los hermanos no debería considerarse exclusivamente para ellos. La pregunta y cierto estremecimiento que sobrevienen con este pensamiento van dirigidos al núcleo de nuestra vida: la oración interior, la vivencia radical de la amistad con Jesús en un diálogo ininterrumpido. ¿Cómo podemos no sólo reconciliar sino fecundar recíprocamente la vida intensa interior que hemos intentado salvaguardar con una forma de vida estrictamente claustral y materialmente alejadas de toda actividad hacia fuera, con esta nueva disponibilidad que me parece esencial para la carmelita descalza en este tiempo y en el futuro?. No quiero decir con ello que debemos organizarnos en función de actividades apostólicas, pero sí, debemos estar disponibles a lo que el Espíritu nos vaya insinuando a través de requerimientos que nos vienen de parte de los fieles y de la gente en general y saber discernir en cada caso qué es lo que es compatible con el núcleo de nuestro carisma. Lo que quiero decir no es lo que se ha ido formando a lo largo de los siglos, sobre todo a partir del siglo XIX: las muchas congregaciones religiosas que se han inspirado en el carisma teresiano para su aportación apostólica dentro de la Iglesia. Fundamentalmente, frailes y monjas debemos formar una sola familia más visiblemente que hasta ahora, aunque con la complementariedad entre cómo vive el hombre la mística y cómo la vive la mujer. Pienso que nuestra vida siempre tendría que dar testimonio peculiar de la interioridad entendida como mirada amorosa y acogedora sobre la realidad, en primer lugar la Realidad absoluta dentro de nosotras.

Sé por propia experiencia cuán fuerte y cuán real puede ser la tensión que se crea al vivir lo trascendente en lo inmanente. Recuerdo con qué fuerza interior percibí en los principios que las rejas que me separaban de mis padres y hermanos, de mis amigos y conocidos eran como el “sacramento” de lo absoluto de Dios, cómo me ayudaban a forjar dentro de mí la realidad de que Dios era el único absoluto y lo manifestaba por unos signos que me parecía acrecentaban el amor a Dios. Pienso que es bueno tener en la vida unos iconos concretos en los que se nos presenta lo absoluto de Dios, el amor que está por encima de toda otra realidad, incluso la muerte. Desde este silencio y esta soledad he vivido un auténtico “retorno”. A través de ello se llega realmente a la compasión, a la conversación y comunión con todo. Es Dios mismo que se nos revela poco a poco y, al acercarnos a él desnudamente, dejamos ídolos atrás. Creo que para mí, estos iconos “elementos culturales” del mundo musulmán, me han sido conductores hacia una nueva imagen de Dios, me han “lanzado fuera”, más allá de estos elementos. Salí con Teresa y Juan de la Cruz hacia la intemperie del Dios siempre mayor. Este salir no es en primer lugar un abandono material de la clausura, tan injustamente absolutizada durante siglos, sino un salir del círculo vicioso alrededor de nuestro pequeño mundo egoísta, para abrirnos a los intereses de Dios, su gloria que consiste en “que el hombre viva”. Hoy esta apertura no puede ser una copia material de lo que hizo la Santa. Sería traicionar su carisma si perpetuásemos hoy, dotándolos de contenidos pseudo-místicos o espirituales, los impedimentos que la ataron a ella contra su voluntad,

Hoy nos toca re-fundar el aspecto de “vuelta a la plaza pública” de nuestra vida: ¿cómo “volver”, a la ciudad, al encuentro de los hermanos? ¿Es sólo una metáfora para designar nuestra oración de intercesión, de suplencia, hasta de desagravio para Dios por los que no oran nunca? Debemos mantener toda la fuerza del carisma contemplativo, nuestro estilo de soledad y de ser raíz más que follaje, pero no podemos justificarnos con la imposibilidad de hacer otra cosa por ser mujeres. Desde la misma experiencia contemplativa creo que Dios nos sugiere a cada una y a cada comunidad cómo realizar este “retorno” que para Teresa no es otra cosa que seguir las inspiraciones y las posibilidades reales y limitadas que se presentan en todo camino. Ella buscó contentar a Dios y seguir a Jesús y encontró el camino de la vuelta a los hermanos; en la escritura y el magisterio, en la fundación de sus comunidades carismáticas y renovadoras y en la actividad epistolar que la comunicaba ampliamente con todos los estamentos de la sociedad de entonces.

La tradición de la Orden nos presenta diferentes modelos de este “retorno”. Santa Teresa de Lisieux, Santa Edith Stein, son dos mujeres que han sabido encontrar su manera concreta de seguir al Espíritu por el camino de la comunión con todos los que son de Dios, prolongando la oración en sus escritos y, sobre todo, en una vida abiertamente vivida para los demás hasta la cumbre del calvario. Santa Teresa Benedicta de la Cruz desempeñaría hoy su trabajo como teóloga y filósofa sin las trabas de una clausura entendida sólo materialmente. La posibilidad de escribir forma parte del carisma teresiano y fue ejercida desde los comienzos por las hijas de la Santa Madre. La tradición literaria es rica y variada en muchas comunidades. Con todo, me parece que ahora estamos de nuevo en un momento diferente. Debemos escuchar las invitaciones o los gritos de auxilio que nos vienen de la sociedad, y acudir, no sólo acoger. Quiero decir que el lugar físico del Carmelo no debe ser un absoluto para el encuentro, aunque sea siempre un lugar concreto y real, un espacio físico donde cualquiera pueda sospechar una vida entregada a la trascendencia.

El contacto con los laicos no debería ser sólo cuestión de visitas o de intercambio epistolar. Hoy hay mujeres que desean realmente compartir nuestra soledad, nuestro silencio y la

fraternidad, sin que por ello hayamos de perder nada de nuestro carisma. El mismo desprendimiento, la esencialidad con que vivimos lo diario, todo orientado hacia la oración interior, sin más adornos ni complicaciones, nos capacita para abrirnos desde este clima interior a la presencia de mujeres que quieran adentrarse en el estilo de oración teresiana, sin que por ello puedan optar por la vocación al Carmelo. Cada vez son más las mujeres, casadas, viudas o solas, que han descubierto la “mina” de la oración y quisieran aprender este estilo de vida, aunque sea para realizarlo luego en su situación concreta distinta.

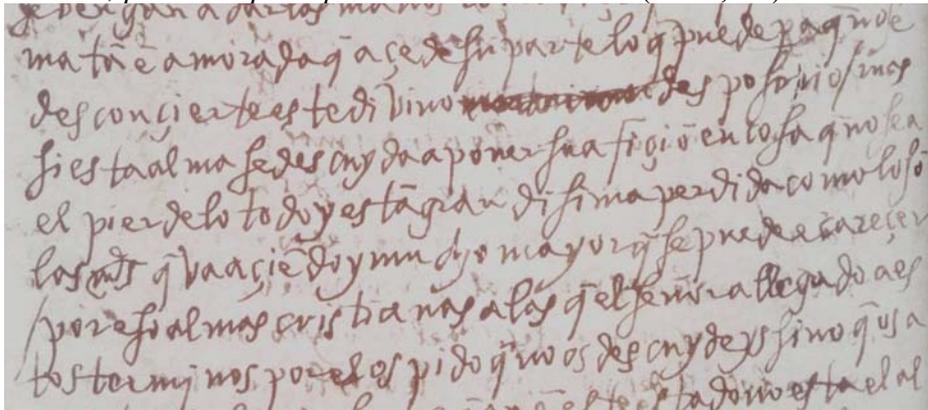
La permeabilidad de la comunidad es posible si hay un arraigo fuerte y sólido de cada hermana en su propia vocación. Cuando cada hermana ha encontrado realmente su hilo rojo que la conduce segura y inequívoca a través del carisma teresiano, esta permeabilidad comunitaria no puede ser nunca una ocasión de pérdida de identidad. En cambio puede ser una ventana abierta a descubrir facetas del carisma de la Santa que solas y encerradas no se nos revelarían.

Volver a la plaza pública. No ha de ser una intención al lado de la intención de nuestra llamada a la soledad a la oración, sino más bien el fruto de esta última, no perseguido como fin, antes bien recibido como don de Aquel a quien nos entregamos. ¿Es desmesura – Vermessenheit- si hacemos nuestras las palabras de la Santa? *“Estando... pensando si tenían razón los que les parecía mal que yo saliese a fundar, y que estaría yo mejor empleándome siempre en oración, entendí: ‘Mientras se vive, no está la ganancia en procurar gozarme más, sino en hacer mi voluntad’. Parecíame a mí que, pues San Pablo dice del encerramiento de las mujeres –que me han dicho poco ha y aun antes lo había oído-, que ésta sería la voluntad de Dios. Díjome: ‘Diles que no se sigan por sola una parte de la Escritura, que miren otras, y que si podrán por ventura atarme las manos.’”* (cf Rel 19) Estamos en un umbral desde hace años y cruzarlo infunde miedo y respeto. Acaso nos pasa en este terreno lo que Teresa refiere al de la oración interior: *“Oh Señor, tomad en cuenta lo mucho que pasamos en este camino por falta de saber! Es el mal que, como no pensamos que hay que saber más de pensar en Vos, aun no sabemos preguntar a los que saben ni entendemos qué hay que preguntar y pásanse terribles trabajos porque no nos entendemos y lo que no es malo, sino bueno, pensamos que es mucha culpa.”*(4M 1,9) Estamos en un momento histórico en que vuelve a tener gran actualidad aquel párrafo de CE 4 que fue ilegible durante siglos: *“No basta, Señor, que nos tiene el mundo acorraladas. .que no hagamos cosa que valga nada por Vos en público, no osemos hablar algunas verdades que lloramos en secreto, sino que no nos habíais de oír petición tan justa...porque veo los tiempos de manera que no es razón desechar ánimos virtuosos y fuertes, aunque sean de mujeres.”* (CE 4,7)

Los impedimentos que vienen de nuestra mediocridad y de las jerarquías entre nosotras mismas y las eclesiásticas dificultan el avance y la re-fundación. Las federaciones y asociaciones, los grupos de reflexión y estudio entre nosotras, pueden aquí aportar algo importante. Tal vez la simple presentación de caminos que vamos encontrando, a tientas, en las diferentes regiones del mundo, experiencias concretas de re-fundación, es lo que ahora nos hace falta. Creo que no son tanto temas abstractos o reflexiones teológicas sobre verdades que nadie pone en duda, sino el compartir pasos concretos, realizaciones hechas por federaciones o comunidades las que nos pueden mostrar alguna luz en el camino.

En medio de todo, lo irrenunciable sigue siendo el camino y el hogar donde recogernos siempre, tan enamoradas que hacemos de nuestra parte lo que podemos *“para que no se desconcierte ese divino desposorio. Mas si esta alma se descuida a poner su afición en cosa*

que no sea él, piérdelo todo...Por eso, almas cristianas, a las que el Señor ha llegado a estos términos, por El os pido que no os descuidéis...” (5M 4,4-5)



Texto
facsímil de
5M 4,4-5

En Jesús, con Jesús y por él estamos al mismo tiempo en Dios y en la creación, disponibles para Dios y para el mundo. Dentro y fuera se juntan, silencio y palabra, soledad y fraternidad, comunión y separación son acentos del mismo color en infinitas tonalidades de la luz que es la gloria de Dios en Cristo. Tal vez pueda resumir todo este pensamiento sobre la refundación del Carmelo femenino con la imagen de Dios que se retira de sí en sí por dejar lugar a la creación., el tsim-tsum de la Kabbala. Nuestro ser de carmelita se retira hacia el centro del castillo donde está el Rey para dejar lugar a la creación que llevamos en nosotras hacia la Presencia que nos habita y nos ilumina.

Teresa supo vivir esta vida con sus constantes cambios y sacudidas, supo abrazar el drama de la transitoriedad creyendo, esperando, amando. Como pocos ha conocido la herida de tener que vivir la contingencia humana y como pocos ha pregonado ya en esta vida lo que esperaba. Esto es lo que la ha unido a Dios y ella ha hecho suya esta contingencia en Jesús. “Entonces, alma mía, entrarás en tu descanso, cuando te entrañares con este sumo bien, y entendieres lo que entiende, y amares lo que ama, y gozares lo que goza. Ya que vieres perdida tu mudable voluntad, ya ya no más mudanza; porque la gracia de Dios ha podido tanto que te ha hecho partícipera de su divina naturaleza....Más quiero vivir y morir en pretender y esperar la vida eterna, que poseer todas las criaturas y todos sus bienes, que se han de acabar. No me desampares, Señor, porque en Ti espero no sea confundida mi esperanza; sírvate yo siempre y haz de mí lo que quisieres. (Exc. 17)

Cristina Kaufmann
Carmelo de Mataró